

el 1.º de Septiembre; y esto lo escribía en 17 del mismo mes. Tal fue el origen de la polémica que (ya lo dimos á entender) absorbió los últimos días del Doctor Cuervo. Su primer artículo (*Catolicismo* de 29 de Octubre) se redujo á rebatir los ataques dirigidos á la introducción dicha; el segundo fue una protesta contra la manera indecorosa adoptada por el adversario, quien fingiendo un diálogo bufo entre el Secretario de Relaciones Exteriores y su oficial mayor, disponía un *ensueño* de contestación al señor Barili, y usando de un lenguaje grosero, bajo capa de llamarse católico, zurcía cuanto han dicho contra la Santa Sede sus enemigos. « Quisiéramos, concluía el Doctor Cuervo, que el combate de las opiniones y de las doctrinas en la Nueva Granada se diera sobre el campo en que siempre luchan la civilización, la decencia y la buena fe; y quisiéramos que los escritores ministeriales dieran el ejemplo en la polémica que nos ocupa. » Entró luego á esclarecer algunos puntos de historia eclesiástica que, tocados en la correspondencia diplomática y decididos secamente por el Delegado, estaban sirviendo á los escritores del Gobierno para lucirse tomando prestada á los regalistas y á los apóstatas ó sectarios su cólera, no menos que su erudición, sobre estrecha y superficial, añeja y anticuada. Después, como desembozando la hipocresía, descargasen toda su ira contra los papas, á pesar de haber protestado que nada iba con ellos sino con la Curia Romana, determinó el Doctor Cuervo oponer el juicio de los más

insignes historiadores de la actualidad, católicos y protestantes, á las « ya muy rebatidas y despreciadas obras de Llorente y otras de la laya », que formaban todo el caudal de estos tardíos y desmedrados retoños de una escuela olvidada. A esta luz trató de las principales fuentes de la animosidad contra los papas y de la justicia que en los últimos años les estaba haciendo la crítica histórica; de los beneficios que su poder, reconocido por el derecho público de otra edad, dispensó á los pueblos, teniendo á raya la ambición é insolencia de los príncipes, velando por las buenas costumbres, protegiendo las ciencias y las artes; y por último desvaneció los cargos más importantes que contra ellos estaban copiando sus contrarios, para sacar de todo como corolario las palabras de Monseñor Barili: « Véase pues cuán brillante sea la aureola de gloria que ciñe la frente de la Curia Romana, presidida y dirigida por los Pontífices, ó sea la Iglesia Romana, por los beneficios que á millares ha derramado en el seno de las sociedades políticas. »

Acababa de publicarse el tercer artículo* (12 de Noviembre), cuando le acometió la enfermedad que había de arrebatarle al amor de su familia, á la estimación de sus amigos y á la defensa de los intereses más altos de la sociedad. Aunque desde el principio

* El último, que fue el quinto, salió en el *Catolicismo* de 26 de Noviembre, con tantas erratas y descuidos, que parece tomado de apuntes en borrón. Uno de los redactores continuó la polémica.

se presentó el mal con aspecto de muy grave, como que procedía de una antigua afección al hígado que muchas veces le había puesto en cuidado, no perdió un instante su serenidad. Para fines del mes tenía dispuestos los exámenes que debían presentar aquellos de sus hijos que seguían en la casa sus estudios, y no dejó un día de ensayarlos, desde la cama, refrescándoles esta ó la otra cuestión, ni de atender á la fiesta que con esta ocasión había de celebrarse en la casa, ni de informarse en qué estado se hallaban los preparativos del ambigú. Tres días llevaba de enfermedad, y ya pensó en disponerse para morir como cristiano, facilitándolo una coincidencia singular : entre la infinidad de personas que acudían á inquirir por su salud, se halló el respectable sacerdote D. Raimundo Rodríguez, cura de la parroquia de San Victorino, y oyéndolo acaso hablar en la sala vecina, se incorporó con viveza, diciendo : « Llámenme al doctor Rodríguez, que con él hice mi primera confesión, y con él quiero hacer la última. » Logró esta fortuna, que habiendo tenido por amigos en sus primeros años á jóvenes que perdieron la fe, y no volvieron á ella sino á la última hora, él fue siempre fiel á la cristiana enseñanza y virtuosos ejemplos que recibió de niño ; de manera que, si por un momento cedió á la moda yendo á las logias ó se dejó arrastrar por la corriente de ideas seudoliberales, de nada de esto quedó huella ni en su corazón ni en su entendimiento. Cuando estuvo en Popayán, siguió con los demás empleados de la

Universidad las prácticas religiosas del establecimiento, sin hacer caso de lo que podían decir, y en efecto dijeron, sus copartidarios ; vuelto á Bogotá, se recogía en silencio y sin ostentación para cumplir con estos deberes*. Con la misma tranquilidad que su conciencia, arregló algunos pormenores de su testamento, porque en general tenía todas sus cosas ordenadas convenientemente desde años antes. Sin turbársele un instante la razón rindió su espíritu al Criador el 21 de Noviembre á las tres de la tarde, rodeado de los suyos y prestándole Monseñor Barili los últimos auxilios de la religión.

Según sus deseos, las exequias se celebraron en la retirada iglesia de San Diego, adonde él en sus paseos de por la tarde solía entrar á aislarse algunos momentos del bullicio de la vida ; como muchas veces desde su juventud se había recogido en el tranquilo convento contiguo á la iglesia « para asomarse á la eternidad », conforme él mismo escribía á un amigo ausente. Algunos relacionados con la familia, al ver las dilatadas listas de las personas que habían acudido ó enviado á informarse del curso de la enfermedad, juzgaron mejor convidar públicamente por carteles que dirigir esquelas individuales, cosa que, á lo que entendemos, no se había hecho antes con ningún particular.

« Sobre su cadáver se han derramado lágrimas

* Todo esto aparece de la correspondencia con personas de la familia y con D. Manuel José Mosquera.

abundantes y sinceras. Sus exequias han sido el más espléndido testimonio que un pueblo entero consternado ha podido tributar al mérito y á la virtud : ellas se celebraron el 23 en la Recoleta de San Diego y en el tránsito desde la caña mortuoria hasta allí, se hicieron espontánea y solemnemente sufragios en todas las iglesias por donde pasó el cadáver, conducido en brazos de sus compatriotas.

« En el cementerio la juventud y la amistad pronunciaron bellos y sentidos discursos; y el dolor pintado en todos los semblantes, devoraba en silencio toda su amargura, buscando en medio de aquella numerosa y afligida concurrencia, una persona que se echaba menos... ¿Quién? CUERVO... que siempre estaba presente en todos los dolores, y era el primero que venía á enjugar las lágrimas* . »

Las legislaturas provinciales de Bogotá y Cundinamarca decretaron en seguida honores á su memoria : la primera « en testimonio de aprecio por las relevantes prendas del finado y de veneración por sus restos », resolvió asistir en corporación al entierro ; la segunda dispuso se hiciera su retrato con esta inscripción : « La provincia de Cundinamarca al más ilustre de sus hijos. » En muchas poblaciones de la República, sobre todo en el interior, se le hicieron honras más ó menos solemnes ; y en los establecimientos de educación privada se dedicaron actos literarios á su memoria. Los periódicos conser-

* *Catolicismo* de 26 de Noviembre de 1853.

vadores publicaron en loor suyo poesías y artículos necrológicos ; los escritores ministeriales vomitaron injurias sobre su tumba. Testimonios claros de cuánto había sido su patriotismo, su lealtad á los principios conservadores de la sociedad, y sobre todo la decisión con que tomó sobre sus hombros la causa de la Iglesia y de la verdadera libertad, ya defendiéndolas con su pluma, ya aconsejando y comunicando privadamente sus vastos conocimientos á los que le consultaban, cuando los demás hombres prominentes de su partido, ó estaban ausentes, ó por otras circunstancias se mantenían retirados de la escena política.

Al reunirse el Congreso pasada la revolución de Melo, expidió el siguiente

DECRETO

EN HONOR Á LA MEMORIA DEL C. RUFINO CUERVO.

El Senado y la Cámara de Representantes de la Nueva Granada, reunidos en Congreso,

Decretan :

Art. 1.º La Nueva Granada registra en el catálogo de los esclarecidos ciudadanos que, por sus talentos y servicios, han dado prez y reputación á su patria, el nombre de RUFINO CUERVO.

Art. 2.º La República honra la memoria de este benemérito granadino, cuyo retrato se colocará en la sala del Despacho del Poder Ejecutivo, y en los establecimientos literarios de la capital, costeados por la Nación.

Dado en Bogotá, á 9 de Abril de 1855.

<i>El Presidente del Senado,</i> JUSTO AROSEMENA.	<i>El Presidente de la Cámara de Representantes,</i> R. ANTONIO MARTÍNEZ.
<i>El Secretario del Senado,</i> L. ZARO MARÍA PÉREZ.	<i>El Secretario de la Cámara de Representantes,</i> MANUEL POMBO.

Bogotá, 9 de Abril de 1855.

(L. S.) Ejecútese y publíquese

*El Vicepresidente de la República,
encargado del Poder Ejecutivo,*
MANUEL M. MALLARINO.

El Secretario de Gobierno,
VICENTE CÁRDENAS.

Como si el vínculo de una larga, estrecha y noble amistad fuese también lazo misterioso que unía sus existencias, el ilustre Arzobispo de Bogotá (quien, quebrantado sobremanera, había llegado á París en Junio y puéstose en camino para Roma), después de varias oscilaciones en su salud exhaló el último aliento en Marsella el 10 de Diciembre, sin alcanzar á saber que el Doctor Cuervo había muerto veinte días antes. Esta circunstancia unió más y más en la memoria de todos los buenos el recuerdo de los

dos amigos, como lo atestigua el Ilustrísimo señor D. Mariano Fernández Fortique, Obispo de Guayana, en las palabras siguientes de la oración fúnebre que pronunció en las honras celebradas por el Clero de Caracas en homenaje al Señor Mosquera :

Yo no debo hacer aquí la defensa del señor Arzobispo de Bogotá, ni ventilar cuestiones ya decididas por el voto general del mundo católico. Desempeñó esta tarea un varón tan eminente por su sabiduría, como venerable por su piedad. Su brillante apología fue su último tributo á la religión, á la Iglesia y á la amistad. Cristiano generoso, digno de los primeros siglos de la Iglesia, la de Santa Fe de Bogotá ha vestido luto y derramado abundantes lágrimas en su muerte. Parece que este fiel amigo, presintiendo la muerte del Señor Mosquera, quiso precederle en el viaje á la eternidad para esperarle en la mansión de los justos y presenciar el momento de júbilo celestial en que el Príncipe de los Pastores había de ponerle la corona de justicia y darle la palma de los mártires en premio de sus virtudes y fortaleza.